



SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

GONZALO CANTÓ
Pequeñas cosas.

EDUARDO ZAMACOIS
El folletín.

JACINTO CARMIN
El timo de las colocaciones.

M. CAMACHO BENEYTEZ
Modelo clásico.

AGUSTIN R. BONNAT
En el tranvía.

J. JACKSON VEYÁN
Sucesidos...

JOSÉ MOREIRA
La contraseña.

EL DOCTOR BOMBARDA
De ojeo.

TOVAR
y DEMETRIO

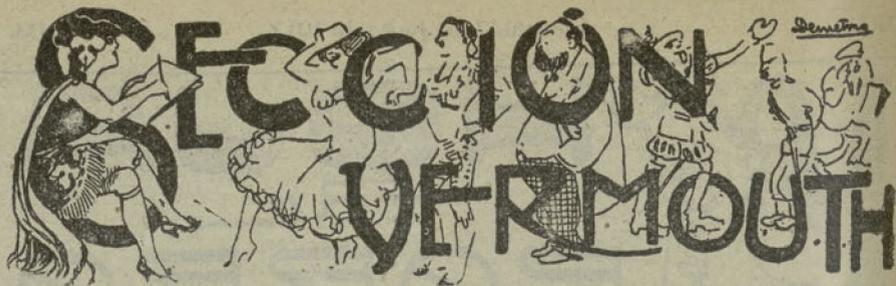
Varios dibujos y retrato de
Pepita Sevilla.

PEPITA SEVILLA

Maestra en el Arte
de cantar couplés



5 cénts.



Por si no tuviésemos bastante con todas las novedades políticas, artísticas, literarias y hasta criminológicas que disfrutamos estos días, ha venido á distraernos la vida un nuevo fenómeno, que no es un competidor de Belmonte, ni de Romanones, ni de la Goya, que son los tres grandes fenómenos contemporáneos, sino un émulo y aun si se quiere un ven-

dicos con las cuales afirma que él le arrancaba la confesión de su crimen por medio de la sugestión. Yo no dudo de «su gestión» (de la gestión de Mapelli), de lo que no estoy seguro es de que le arrancase nada, á un «punto» que ha demostrado su maestría suprema arrancando carne del esqueleto de su víctima.

Además, ingenuamente confieso que á mí esos señores que todo lo adivinan me escaman algún tanto, si bien reconozca que su ciencia, arte, ó lo que sea, es digno de ser envidiada.

Imaginemos por un momento que nos hallamos en posesión de ese don especial. ¡Qué de cosas averiguaría yo entonces! Por ejemplo, si lo que llevan dentro de la cabeza algunos políticos es masa encefálica ó masa para hacer churros; si lo que guardan en el corazón ciertos toreros es valor ó brutalidad nativa, y si lo que ocultan en el corsé, no pocas señoras, es algodón en rama ó eso que tanto nos gusta, ora en la edad de la lactancia ó ya en la que estamos suficientemente lacteados y en condiciones de lactear por cuenta propia.

Ir á un paseo, y poner en juego la potencia de adivinación y ver por dentro á las bellas paseantes, debe ser verdaderamente delicioso. ¡Qué atracción de *toilettes* interiores! ¡Qué de escoger, á gusto del presunto consumidor, curvas y redondeces!

Eso de pasar al lado de una señora hermosa y poderle decir al oído: «Qué reque-sugestivo es el lunar que tiene usted en la región lumbar, según se va á mano izquierda» ó bien, «¿me permite usted que le desate el lazo color heliotropo que lleva usted en la liga de la media derecha?»

LA EXCOCOTA



—¡Qué gusto dá retirarse de los negocios con ganancias!

cedor de los famosos sugestionadores Cumberland y Onofroff.

Me refirió al profesor Mapelli, un señor italiano, que viene dispuesto á descubrirnoslo todo por medio de la Psiquiatría, que aunque suena á nombre de cupletitas extranjera, no lo es, como ustedes saben perfectamente.

Mapelli, además de un excelente hipnotizador, es un grandísimo «vivo», que se ha hecho un reclamo gratuito con motivo del tristemente célebre proceso del capitán Sánchez, enviando cartas á los perió-

Claro es que algunas se sonrojarían, y aun es fácil que le soltaran al adivino cualquier epiteto expresivo, pero, la que más y la que menos se quedaría un tanto perpleja, al ver que se sabían intimidades suyas, y hasta puede que no faltase quien premiara el mérito, entre otras razones,



—Una limosna para este pobre que ha perdido todas las alegrías de este mundo.

—¿Será eunuco este hombre?

por la de que «puesto que ya lo sabe... ¿qué más da?»

Por más, que, por fortuna, las modas femeninas, van por el camino de ponernos á todos en posesión de esos secretos aunque seamos totalmente profanos en el arte ó ciencia de Mapelli y demás iniciados en la adivinación. Los descotes y gasas por arriba y las aberturas y estrecheces por abajo, al más miopo le enseñan á penetrarse de lo que casi salta á la vista. ¿Para qué acudir al ocultismo? ¡El exhibismo, y nada más que el exhibismo!

Por otra parte, nuestras cancionetistas, dancistas, tiples ligeras, tiples pesadas y demás agradabilísimas maestras en el arte de exhibir, no necesitan que ningún Onofroff moderno se devane la sesera investigando lo que tienen por dentro. Les ahorran este trabajo enseñándolo ellas, y eso es digno de todo aplauso. Y si como el primer paso está dado, y como dicen los

Políticos, «hay ya precedentes» ¿qué inconveniente existe que se generalice la buena costumbre?

Y sobre todo, ahora que viene el buen tiempo, y que da gusto andar sin impedimentos embarazosos. Aunque bien mirado tampoco conviene que sea tan radical el sistema que huyan en absoluto de todo lo que les embarace.

En estas cosas, el punto medio es lo que debe buscarse.

Y ya que las hay tan amables y francas, que en seguida que se les busca el punto se apresuran á descubrirnos su pecho ¿qué de particular tiene que á continuación nos descubran el resto?

Un pequeño REPORTER

PEQUEÑAS COSAS

A cierta joven nocturna sin afectos ni cariños, todos la llaman... saturna, porque se traga á los niños.

Gonzalo CANTÓ

LA COSTUMBRE



—¡Por Dios, señorito, ¿qué vá usted á hacer conmigo?

El folletín CÁNDIDA: Diecinueve años, alta y delgada, cabello castaño, ojos muy grandes, preguntones y muy vivos. Viste traje blanco con cintas y lazos rojos.—PURA: Dos años más joven que su hermana, y rubia. Sus ojos, de azul claro, conservan aún la inge-



—¡Hijo, qué orgulloso te has vuelto!... Desde que estuviste en la Exposición canina, ya no quieres nada con tu amital

nidad curiosa de la niñez soñadora que nada ha visto y todo lo presente.

Las dos jóvenes se hallan sentadas en un gabinetito japonés, ante un biombo donde aparecen dos macacos cabalgando sobre un cisne azul.

PURA. (*Alargando un periódico a su hermana.*)—Lee.

CÁNDIDA.—¿Y si viene papá? (*Coge el periódico.*)

P. (*Consultando el reloj de bronce colocado sobre la chimenea.*)—No, no viene. Todavía han de transcurrir veinte minutos antes de que nos llamen á almorzar: tenemos tiempo.

C.—Ya verás cómo vienen á interrumpirnos en lo mejor.

P. (*Impaciente.*)—¡Vamos, trómpolis; date prisa!

C. (*Apercibiéndose á leer.*)—¿Dónde quedamos, Pura?

P. (*Haciendo esfuerzos para recordar.*)—Espera... un momento... te lo diré.

C.—¡Ah, sí!... Quedamos dejando á Gabriel en el momento...

P. (*Interrumpiéndola alborozada.*)—En el momento de llegar al dormitorio de la marquesa Anita.

C.—¡Eso es!

P.—Anda, sigue...

(Los dos se estrellan, juntando sus cabezas sobre el periódico, aspirando con indecible deleite el misterio oculto en aquellos renglones, como gastrónomos que se relamen ante un plato abundante y exquisito.)

C. (*Leyendo.*)—«... Al ver á Gabriel, la marquesita, presa de horrible emoción, se levantó.

»—Gabriel—murmuró la joven con voz desmayada—, hágame usted el favor de salir de aquí.

»Hubo una pausa rebotante de dramático interés. El galán repuso:



Ella.—Estoy alarmada, querido doctor, porque cada vez se me hincha más lo que pudiéramos llamar la magra de la pantorrilla.

El médico.—¡Pchs! Eso no tiene nada de importancia, señora. A veces se me hincha á mí también, y no me pasa nada.



Ella.—Bueno, yo iré delante; pero para que no me pierda usted de vista, no deje de mirar la piel de zorra azul.

El.—Sí, sí; descuida... Desde una legua se te conoce por esa piel de zorra que tienes.

»—¿Y es usted quien me despide, cuando es usted quien me atrae?...

»—Estamos jugándonos la vida.

»—¿Qué importa la vida?... Yo doy la mía tan llena de ilusiones, por una hora de amor entre tus brazos.

»Avanzó hacia ella fuera de sí, con los brazos abiertos y la locura pintada en los ojos. Ana retrocedió, señalando con un gesto elocuente una puerta atorada.

»—¡Prudencia, por piedad!—exclamó—; mi marido duerme ahí.

»Gabriel tuvo un segundo de vacilación pero inmediatamente se rehizo, y abalanzándose sobre la puerta, la cerró con llave.

—¿Y qué?—repuso—; no hay nada que temer. ¡Ya estamos solos!...»

P. (Sin poder dominar su emoción.)—¿Sabes que Gabriel es un hombrecito de armas tomar?

C.—¡Vaya!...

—P.—Confieso que, de un muchacho así, yo sería capaz de enamorarme como una loca.

C.—Y yo.

P.—¡Vamos, sigue!

C. (Leyendo.)—«Ana fué á sentarse sobre un diván, en el fondo de la habitación, comprendiendo que la catástrofe provocada por la imprudencia de su ciego adorador, sería inevitable, Gabriel, que no apreciaba la insensatez de su acción, corrió á

postrarse de hinojos á los pies de la marquesa.

»—Loco... loco — murmuraba ella aterrada y feliz.

»El repetía:

»—Yo quiero llegar á tí una vez... ¡una vez sólol... ¡Y morirme después!...

»Cogió sus manos, sus lindas manos, limpias hasta entonces de toda culpa, y empezó á besarlas apasionadamente, mientras hablaba. Ella se estremecía sin pensar en rechazarle, vencida por un magnetismo más fuerte que su voluntad; por el atrevido escote de su bata se insinuaba el arranque del pecho, de nivea blancura; bajo el vestido, el hermoso cuerpo lleno de timidez y de amor, palpaba.

»—¿Qué hemos hecho?—balbuceó—; ¿cómo pudo usted llegar hasta aquí?

»—¿Qué importan los peligros pasados?—repuso Gabriel, cuyo cariño tenía la generosa desprecupación del heroísmo—; lo im-

portante era estar juntos, y ese supremo bien... ¡ya está logrado!

»Luego continuó diciendo, dejándose arrebatar por aquella desbordada pasión que parecía abrasarle la frente:

»—¡Al fin estoy cerca de tí, dueña de mi



Ella (sollozando).—¡Te juro papá, que ignoraba que el honor fuese eso!

alma... Bajo la mirada serena de tus ojos, que siempre me miraron compasivos; y bajo la caricia de tus labios piadosos, donde tantas veces bebí á sorbos la felicidad y la locura; y en la atmósfera de tu aliento, fresco, remozador y juvenil, como la brisa de los campos... ¡Deja que tus cabellos ondulantes acaricien mis sienes, permite que mis manos disfruten el contacto de tu carne, dura y fría como el limado mármol de las estatuas!...

P. (*Extasiada.*)—¡Qué bien suena todo eso!

C.—Cemo un concierto de arpas.

P.—¡Por supuesto... que esos discursos tan lindos son trapacerías de los novelistas!

C.—¡Naturalmente!

P.—¿Quieres oír una verdad? (*Confidencial.*) Mi novio no habla así.

C.—Ni el mío. ¡Oh!... ¡Pues si hablasen así!

P.—¡Pobres de nosotras!...

C. (*Reflexiva*)—O felices... ¡Quién sabe!...

P.—Sigue, sigue...

C. (*Frunciendo las cejas*)—¿Por dónde íbamos?... ¡Ah, sí!... (*Lee*) «Gabriel calló bruscamente; en la habitación inmediata acababa de resonar un ruido insolito.

»—¡Silencio, por Dios!—dijo la marquesa.

»—¿Qué es?—preguntó el joven, pasándose las manos por la frente, como el dormido que vuelve á la realidad.

»—Mi esposo viene...

»Gabriel se levantó; la puerta del dormitorio crujía y temblaba bajo el esfuerzo de dos puños de bronce.

»—¡Abrid, miserables!...

»—Estamos perdidos—musitó Anita cruzando sus manos sobre el pecho con ademán desesperado.

»El marqués repetía:

»—¡Abrid!

»Y como no se apresuraran á obedecerle, volvió á repetir:

»—¡Abrid, miserables!

»Y luego añadió dirigiéndose al galán: »—Tenga usted, por lo menos, el valor de quitarme á esa mujer, que es mi vida, frente á frente...

»Por las galerías del hotel resonaban ruidos confusos de criados que se acercaban.

»—¡Huyel!—dijo ella.

»—Ya es tarde—repuso él—; además, ¿para qué?... La puerta es bastante sólida; antes de que la derriben tengo tiempo hacerme mía...

»—¿Qué dices?

»—Y después de logarte, ¿qué importa morir?

»La cogió, frenético, por las muñecas, empujándola hacia el diván.

»—Ven.

»Ella resistía.

»—¡Gabriel, ten piedad de nosotros!

»El repitió:

»—Ven... ayúdame... es necesario que la venganza de tu marido llegue tarde...

«TOILETTES» PARA VERANO



Traje de playa para señora casada. El cuerpo del vestido está hecho con piel de besugo convenientemente curtida y perfumada. Si no se tienen besugos á mano, hágase con la piel del marido que en muchos casos suele estar escamado.

»En aquel momento terrible la puerta cedió...»

(*Cándida se detiene.*)

P. (*Impetuoso.*)—¡Continúa!...

C.—No hay más.

P.—¿No hay más?

C.—No.

P. (*Furiosa, dando una patada en el suelo.*)—¡Qué mala suerte!

C. (*Leyendo.*)—«Continuará en el próximo número».

Eduardo ZAMACOIS

El timo de las colocaciones

Entre los varios medios para timar que se emplean en Madrid, hay uno, de existencia casi reciente, que de seguro no conocen todavía mis ilustres amigos D. Santiago Alba y D. Ramón Méndez Alanís, y que yo voy á tener el gusto de exponerles detallada y personalmente uno de estos días.

Pero, mientras lo hago de modo que se acabe de una vez con esa taifa de vividores, que explotan sin piedad la necesidad humana, vaya un anticipo, que me servirá, además, para llenar unas cuartillas. Se trata de unas Agencias de colocaciones, de creación casi reciente, las cuales ofrecen á diario, sirviéndose de los anuncios económicos de algún diario, tales y cuales fantásticas y ventajosas colocaciones á señoritas y criadas, y caballeros y sirvientes, sin exigirles requisitos determinados, como no sea para los puestos más ventajosos saber escribir.

Como en España todo el mundo sabe escribir, y si no todo el mundo, dos terceras partes están necesitadas de lugares en que trabajar, he aquí que apenas aparecido un anuncio de esos, caen sobre las susodichas Agencias varios millares de personas en busca de colocación. La Agencia les acoge optimista á todos, y uno á uno les ofrece la colocación objeto del anuncio. Mas ¡ay!, que no de modo tan desinteresado como el solicitante presume; la colocación se le dará, después de proponerlo al interesado y si éste está conforme, pero previamente habrá de abonarse una matrícula, que no es nunca menor de seis duros. Todos, es claro, no tienen seis duros y la mayor parte se van desencantados; pero quedan quinientos, tal vez mil, que buscan, que piden los seis duros, y los entregan. Entonces la Agencia, muy formal, les da,

en cambio, un recibo, comprometiéndose, si no coloca al donante durante un mes, á devolverle, pasado éste, la cantidad recibida; pero... con el diez por ciento de descuento «para reintegrarse de las molestias y trabajos que la Agencia haya realizado». El pobre hombre, ó la pobre mujer, que abonó sus seis duros, costándole el desembolso sepa Dios cuántos sacrificios,



—¿Y dónde toreas el domingo?

—En Barcelona; te pondré un telefonema.

—¡Ay, sí, que me da mucho gusto cuando me despiertas con tus partes!

espera entonces el aviso de la Agencia para pasar á ocupar su plaza. Pero pasa un día y otro y otro, y no llega el aviso. Va á la Agencia una y otra vez; pero siempre lo mismo: aún no saben nada. Cuando, al cabo, ha transcurrido el mes, agravando la espera su situación, preséntase á reclamar sus duros. El encargado, invitándole á esperar otra vez previa nueva entrega del diez por ciento sobre lo que pagó, le dice que la «cosa» va á resolverse de un



El zapatero.—¡Que sí señor, que han encontrado un cadáver en los huesos!

El pescadero.—Entonces lo que han encontrado, no es un cadáver... ¡es la raspal!

día á otro. Entonces el solicitante, según su candidez, cobra sus seis duros con el descuento correspondiente y se retira, ó abona otro diez por ciento sobre lo ya pagado, y aguarda otro mes...

Como la Agencia nada había hecho, todo es ganancia para ella. Y así, explotando la necesidad humana, esto que debería ser sagrado como el ejercicio de la Medicina, viven algunos explotadores...

¶

Viene todo esto á cuento de una noticia que acaba de indignarme: la caída de Lolita G., muchachita muy culta y muy formal, hija de un viejo doctor amigo mío, muerto el año pasado á consecuencia del tifus, cuyo contagio sufrió visitando á un enfermo en los barrios bajos.

Lolita, cuando murió su padre quedó huérfana y pobre. No tenía parientes, y á no ser por algún amigo que trasladó á la hija el afecto que había tenido depositado en el viejo doctor, Lolita hubiese visto aumentada su pena por la soledad. Los amigos la acompañaron los primeros días; la ayudaron á vender los muebles de la casa, patrimonio único que la quedaba; la aconsejaron lo que debía hacer, y aun la buscaron algún sitio en que trabajar...

Pero la pobre chica, educada para seño-

rita, ni aun ayudada por su voluntad, que era grande, trabajaba como podía exigir quien la pagase. Y como los dos ó tres amigos de su padre, que también lo eran suyos, cediendo á leyes muy humanas habían ido alejándose de ella, insimismados en íntimas preocupaciones, Lolita G. vióse pronto abandonada y débil, aguardándolo todo de una Agencia de colocaciones, donde fué depositando, á cambio de promesas, lo que la entregaban en una casa de empeño por sus ropas últimas...

Y así cayó Lolita. Noches pasadas, después de haber visitado durante la tarde algunas Agencias de esas, de las que esperaba una colocación, vagabundeaba sin rumbo por la calle, medio muerta de necesidad. De pronto, vencida por su situación, se decidió á pedir á un caballero que pasaba. Y acercándosele, le paró y le dijo:

—¡Señorito, por Dios, una limosna; hace dos días que no como, me estoy muriendo de hambre y de frío...

El hombre la miró, escudriñando descaradamente su rostro, y la dijo:

—¿Sabes que eres muy bonita?

La hambrienta bajó la cabeza avergonzada y calló.

El hombre continuó:

—¿Quieres cenar conmigo?, ¿quieres?...



La señora.—¿Pero qué amigos tienes, Lulú? ¡Estás llena de verdugones!

La Lulú.—Son de ese alemán, que si no da seis ó siete golpes no se queda tranquilo.

Si te decides, yo te aseguro que no pasarás más hambre en tu vida.

Hubo un largo rato de silencio. La muchacha temblaba, enjugando sus lágrimas con el mantón.

El hombre la miraba con ojos de sátiro hambriento.

—Señorito —dijo la niña—, por Dios; yo soy honrada, yo...

—Vamos, decídetelo pronto. ¿Vienes?



—Somos tres hermanas muy amables y en nuestra casa no se juega a los prohibidos ni se descuartiza a nadie. Lo que no tratamos de ocultar es que tenemos una bajada en la alcoba.

Hubo otro rato en silencio, solemne, majestuoso.

—¿Vienes? —repitió el caballero— ¿vienes? Y echó a andar calle arriba.

La muchacha vacilaba; su cuerpo se rendía al hambre; los ojos dejaron de llorar, brillando en la obscuridad como un rayo de luz; sus labios murmuraron por lo bajo un rumor de palabras que parecían el siseo de una oración recatada...

—¿Vienes? —repitió la voz del hombre que se alejaba.

¡Y la pobre niña fué!...

Jacinto CARMIN

MODELO CLÁSICO

Es un prodigio de impecable estética tu cuerpo pulcramente cincelado, tu cuerpo que produce una magnética atracción a mi espíritu exaltado...

Tu mago cuerpo que es una escultura de las que alza el viejo paganismo, un milagro de nitida blancura, un modelo de puro clasicismo...

Mi vida entera se te rinde absorta porque tu linda imagen la transporta a un reino de inefables paraísos,

Y ante tus líneas, de belleza plenas, mi mente evoca los sagrados frisos del suntuoso Partenón de Atenas...

Manuel Camacho BENEYTEZ



Ella.—¿Vendrás a verme cuando vuelvas a Madrid?

El.—Según lo que te resulte de esto.

Toquecitos —No seas inocente; la vida de

familia es la mejor.

—¿Conque tú crees?...

—Sin duda alguna: y la mejor prueba de que en el hogar doméstico está la verdadera felicidad... consiste en que muchos tienen dos.

⚡

Don Telesforo se afanaba en arreglar el equipaje de su consorte, que debía salir á la mañana siguiente para Lisboa.

—¿Para qué metes en el baúl ocho pares de ligas? —preguntó.

—Porque se formarían mal concepto



El. —¡Eres deliciosa Chichi; cuando sea embajador, te compraré un hotelito precioso!

Ella. —¿Pero todavía no eres embajador? ¡Pues yo te haré!

de ti si me viesen siempre con el mismo par.

⚡

En un café, servido por muchachas bonitas, entró un mediquillo en ciernes, y al advertir que una camarera caminaba con dificultad, la preguntó:

—¿Tienes hemorroides?

—No lo sé —repuso ella—; voy á la cocina á ver si quedan.

⚡

Adolfo y su cándida esposa almuerzan tranquilamente, cuando entra la criada en el comedor anunciando una visita.

—¿Quién es? —pregunta el marido.

—Dice que es un comerciante en cueros.

La esposa con viveza:

—¡Que entrel!

El esposo alarmado:

—¡No, de ningún modo! Dígale que en ese traje lo podemos recibirle.

⚡

Diálogo entrecortado:

—¡Casimira!

—¡Alberto!

—Mi vida...

—Mi cielo...

—¡Oh!

—¡Ah! ¡Ay!... Alberto... no puedo más...

(Un vecino, pared por medio). —¿Habrán cometido algún crimen aquí al lado? No sé si avisar...

⚡

Un notario muy conocido, sorprendió días pasados á su escribiente requebrando á su esposa.

—¿Me negará usted, caballero —exclamó—, que estaba cortejando á mi esposa?

—Yo no puedo negar —repuso con gravedad cómica el escribiente— lo que pasa ante notario.

⚡

En el paraíso del teatro Real en una noche de estreno.

Diálogo entre un caballero y una joven que se halla en la fila posterior inmediata:

El. —Yo conozco esta pierna.

Ella. —¡¡Caballero!!

El. —¡Oh, perdone usted!... Creí que era una pierna amiga.

⚡

Diccionario de bolsillo.

Matrimonio: Una mujer más y un hombre menos.

Criado: Para la mayor parte de las mujeres un criado es un criado; para la mayor parte de los hombres, una criada es una mujer.

En el tranvía

¡Calla, doña Teresa! ¿Us-

tad también por aquí.

—¡Hola! ¡No había reparado! ¿Va usted al barrio?

—Sí, voy á ver á mi hija, á la mayor, ya sabe usted. La pobrecita ha estado muy mala, ¡hemos llevado un susto!

—¿Sí? ¿Qué ha tenido?

—Un niño.

—¡Ah, ya! ¿Sigue casada?

—Sí, señora.

—¿Con el mismo?

—No, señora; aquel hombre era imposi-

ble; crea usted que tenía un genio que no se le podía aguantar. Nunca quise intervenir en sus cuestiones, porque ya comprende usted que esas cosas son delicadas para una madre; pero lo que es á mi hija, no he cesado de decirselo, hasta que me ha hecho caso.

—Y este ¿es bueno?

—Un bendito; no ve más que por los ojos de la niña, ¡y cómo la quiere! En eso se parece á los otros, porque, mire usted: tiene un encanto y un cariño mi hija, que hombre que la conoce y la trata, al mes ya no sabe qué hacer con ella.

—Sí; cariñosa sí parece.

—Una perra, vamos al decir; ha sacao mi genio, porque yo he sido de esas que se han pasado de buenas ¡así han abusao de mí! ¡porque crea uste que me han hecho cada porquería!

—¿Usted continúa con los huéspedes?

—¡Uff!, no me hable usted de ellos, estoy hasta aquí.

—¿Hsta dónde, que no he visto?

—Hasta el pelo, abusan porque se creen que está una *desampará*, pero ¡yo le aseguro!

—¿Qué, no pagan?

—No, señora; y, además parece que se burlan de usted.

—¿De mí?

—Es un decir. Yo procuro que en mi casa encuentren las comodidades necesarias y que el trato sea lo más *esmerao* posible; pues nada, no puede usted contar con su agradecimiento y tener una atención con

ellos; es, como si les rascara usted las narices. El mes pasado, se me ha ido uno que está empleado en un cine, ¡ya usted ve si tendrá para pagarme! pues nado, hijo que se ha *llevao* dos meses y pico de pupiaje.

—Y eso ya... delo usted por perdido.

—¿Quién, yo? ¡Cál!, he de revolver todo Madrid y he de ver á todo el mundo, que gracias á Dios, relaciones no me faltan para conseguir que me pague.

—¿Sí, eh?

—¡Vayal, por si tengo que citarle á juicio, hoy mismo *quedará hablado* el fiscal del distrito, porque ¿sabe us'ed? es amigo



La criada.— Señor Salustiano, no me los dé atrasados, que luego la señorita me dice que nunca los tiene usted frescos.

El huevero.— Mira, dile á tu ama, que cómo quiere que los tenga con el calor que está haciendo,

nuestro, y mi hija tiene mucho metimiento con él, y lo que ella no le saque, no le saca nadie.

—Mejor.

—Ya lo creo; si una fuera así, ¡cómo se vería! Le pasaría lo que á tantas otras. ¿Usted recuerda de doña Prisca?

—¡Vayal! ¿La viuda del teniente de carabineros?

—Eso es, viuda, aunque nunca estuvo casada y él no se ha muerto; pues bueno, cuando el teniente se *desapartó* de ella, para ir otra vez á vivir con su mujer, ella también se agarró á los huéspedes, y mal que bien, pudo ir trampeando un par de

años; pero, ¡ay, hijal un día fué allí de huésped un chico que era *gurrupier* de no sé que *sosiedaz* de juego y aquel día acabó doña Prisca.

—¿Qué me cuenta usted?

—Pero que totalmente; él era un mozo



Ella.—¡Ay, Pepe; mucho te quiero pero esto que hacemos á espaldas de mi marido, es criminal!

El.—Es que si lo hiciéramos delante, el criminal lo sería él.

muy guapo, con dos ojos reventones y un lunar de pelo en la mejilla que dislocaba, y, además, con los *deos cuajaos* de sortijas que era una bendición. Pues *na*, que lo mismo fué entrar el *gurrupier* que andar la casa de cabeza y hacer lo que él quería nada más. ¡Y qué vida se daba el condenado! Claro, sólo sabían complacerle y él se aprovechaba y ¡pedía cada plato carol! Hoy que pimientos rellenos, otro que manos de cordero, en fin, que se trataba á cuerpo de rey.

—Pagaría bien.

—Al principio, no digo que no, porque él tenía muy buenas manos y sabían apreciarlas en el casino donde estaba; pero como en este pícaro mundo todo se vuelve inconvenientes para el que quiere ganarse honradamente el pan, sucedió que cerraron el casino, por orden del gobernador, pretextando que allí había escándalo, y que andaron una vez á tiros, resultando un muerto. ¡Como si este fuera á dar escándalo, siendo el perjudicado!

—¡Claro!

—Total; que el chico aquel, empezó á no tener dinero; pero ¡ay, amiga mía! ya era tarde; doña Prisca estaba *colada* y siguió gastándose con él todo cuanto tenía; y él, que era bastante pedigüeño, no paró hasta dejarla en cueros.

—¡Pobre señora!

—Y ahí la tiene usted ya sin tener casa de huéspedes ni nada, y gracias á que le han salido dos ó tres hijas, á quienes acompaña por las noches y de esa manera se gana alguna pesetilla, que si nó, muertecita de hambre la veríamos.

—¿Y el *gurrupier*?

—¡Ah! pues cuando ya no tenía nada que sacar de aquella casa, se marchó á no



—Chica no comprendo por qué te abrigas tanto con el manguito, mientras tienes las piernas al descubierto.

—Por que yo algunas veces siento frío en la cara, aunque siempre estoy caliente de la cintura para abajo.

—¡Toma de la cintura para abajo lo estamos todas!

EN LA TABERNA



Un parroquiano.—¡A ver esos huevos señá Duvigis!

Otro.—¡Me quiere usted sacar la tortilla?

La tabernera.—Espere usted á que le saque los huevos á ese señor, que ha venido antes.

sé donde, y ya ve usted: para que el feo á doña Prisca fuese mayor, se escapó con él una señorita (y Dios me perdona) que también estaba de huésped; pero, ¡ande usted! que ésta, ya pagará su mala acción, porque, dado el carácter de ese hombre, se ha de ver en cueros como la otra.

—¡Es natural!

—En fin, le digo á usted que todo son miserias, y que si una fuera á tomar las cosas á pechos, no viviría.

—Sí, sí; hay que tener conformidad... pero, ¿dónde estamos?

—Cerca de la cárcel.

—¡Jesús! yo me he pasado.

—Vaya, aquí nos bajaremos. Conque, adiós doña Teresa, vaya usted por casa cuando quiera; por las noches tenemos tertulia, con guitarra y todo. Lleve usted á sus niñas que les gustará la manera que tiene de tocar un cura malagueño que tengo de huésped.

—¿Pero de tocar el qué, señora?

—¡Ah, hija! la guitarra.

—Pues, puede, puede que me vean por allí.

Agustín R. BONNAT

SUCEDIDOS...

—Caballero...—¿Qué se ofrece?
—¿Tiene fuego?—Sí que tengo.
—¿Hace usted el favor de darme?
—¡Hombre, si es usted tan feo!

¶

Entre Blas y Concepción
Devanan una madeja,
Y ella impaciente se queja
De que Blas es un simplón.
—¡Mujer, no tienes razón!—
Dice él;—¡si es que está enredada!—
Y ella responde enfadada:
—¡Blas, tu torpeza me enoja!
¡Mientras la tengas tan floja
No podemos hacer nada!

J Jackson VEYÁN



Ella.—Perdóname sinceramente porque te juró que cuando te estaba engañando, me arrepentí... ¡Pero me tenía tan fuertemente cogida ese hombre!...

Leed en EL LIBRO POPULAR;
El pecado de Claudina
por JOSÉ REYGADAS

(Primer premio del Concurso, concedido por Joaquín Dicenta, Manuel Linares Rivas y Ramón Pérez de Aynla).

LAS DONCELLAS DE CASA GRANDE



—Está visto que para trabajar en estas casas hay que tomar confianza con el señorito.

La contraseña

Sentadas vis á vis charlan Lucrecia y Margarita. Primero cambian impresiones sobre los últimos figurines; luego derivan...

—Pienso—dice Margot—que la belleza varonil representa en los lances de amor un papel muy secundario, á veces insignificante.

—Eso creo yo.

—Lo que más nos seduce en el hombre son sus cualidades: su caballerosidad, su bravura y bizarría, su ingenio...

—Dices bien—repuso Lucrecia;—los sabios me encantan.

—¿Stempre?

—¡Oh, casi siempre!...
(Dudando.)

—Hago esta observación porque Erasmo acertó cuando dijo que las mujeres «huímos de los sabios cual si fuesen animales dañinos.» Los grandes nombres, con su superioridad intelectual, me inspiran como á tí, una especie de veneración, en el fondo de la cual acaso hay un germen de amor; pero generalmente nos aburren

hablándonos de asuntos y de ideales muy superiores á nuestro femenino discurso y sometiendo nuestros pobres nervios á una tensión que llega á sernos dolorosa. Prefiero á los verdaderos sabios los hombres inquietos, desequilibrados, que nos cautivan con sus rarezas y adorables extravagancias. Por eso quiero tanto á Pablo, porque mi Pablo...

—¿Es un original?

—Si.

(Las dos amigas se aproximan cuchilleando en voz muy baja. Luego separan sus cabezas riendo á curcujadas.)

—¡Eso es muy chistosol...—exclama u-

crecia dando un perversa intención á su risa insinuante.

—Rarezas de ese jaez—añadió Margarita—, tiene muchas mi amadísimo Pablo. Por ejemplo. Verás: Hace más de quince días que tuvo el capricho de substituir mis ligas por dos cintas de seda color salmón, que, invariablemente, todas las mañanas al levantarnos, él cuidaba de atar de cierto modo. Un capricho, una galantería de enamorado.

NOCHE TOLEDANA



—¡Aquí sola, sin que me distraiga de este aburrimiento la compañía de un amigo... ó de una amiga!

De ojeo «PARIS. Los tribunales han condenado á seis meses de prisión y al pago de treinta mil francos, en concepto de indemnización, á un cobrador de tranvías que con un lápiz saltó el ojo á un viajero.»

(De *La Correspondencia*).

Caro le ha salido á ese cobrador de tranvías su agresión. Por darse el gusto de meter su lápiz en el ojo del viajero se va á cargar medio añito de cárcel y la friolera de treinta mil francos de indemnización.

En cambio, el viajero debe estar contentísimo. El pasó un mal rato, pero también le dieron bastante por el ojo.

Y puede que él diga que eso siempre es un consuelo.

∴

En el último coneurso de tiro de Pichón, varios tiradores se disputaron los premios concedidos por señoras y señoritas.

Los periódicos no dicen en que consistían esos premios, si bien tratándose de señoras y señoritas y de tiradores afamados, los obsequios serían adecuados.

Lo que contaría yo á mis amigos rela-

Al reaparecer en Madrid el gran torero, aparecerá

BELMONTE, el misterioso

EL TORERO DEL DIA
(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ-HIDALGO

Prólogo de DON MODESTO

Con ilustraciones y portada á tres tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS

tándoles lo ocurrido si hubiese acudido al concurso para el premio:

—Pues, veréis; luego, y al ver tanta mujer bonita, tiro de pichón, y en el acto me lo dieron.

Ahora, que lo mismo podía ser un premio que un tiro.

Que también las hay que tiran admirablemente.

∴

Ya saben ustedes que Sánchez, el asesino de Jalón, había dicho que la carne hallada en la atarjea de la Escuela de Guerra procedía de dos conejos muertos y cuando los ordenanzas á quienes mandó limpiar aquello, se extrañaban del hallazgo, exclamó cínicamente:

—¡Esas hijas mías, qué descuidadas son! ¡Mira que tirar los conejos al retrete!

Si que es un descuido, pero por lo visto le daban muy poca importancia á los conejos.

El doctor BOMBARDA

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

FOTOGRAFIA

DE

LUIS ALTOZANO

Toledo, núm. 53, Madrid

Teléfono 4541

Primera casa en retratos de niños
y ampliaciones

Fotógrafo de LA HOJA DE PARRA